

RETIRO ESPIRITUAL INTERCOMUNITARIO COMUNIDADES XAVERIANAS - LOMBARDÍA

Brescia - 22 de febrero 2016

con

P. Pier Giordano Cabra
Ex Superior General de los Piamartini

¡Mantengámonos humanos! **En el corazón de la vida consagrada**

Estimado director de "Vida Consagrada",

La agradezco haberme invitado a comentar uno de los numerosos artículos de documentación sobre la crisis de las obras de los religiosos y religiosas, con el título La fe sin obras.

Me disculparé declinar su invitación por el simple motivo de que ya me siento más un aficionado en el graderío que uno de los jugadores en campo, atareados en el gran partido que la vida religiosa está llevando a cabo hoy. Un aficionado anciano que corre el riesgo de aplicar viejos esquemas, anticuados y descartados, que no entran creativamente en las sofisticadas estrategias actuales.

Para no ser totalmente ingrato ante su amabilidad, le ofrezco algunas de mis muy personales consideraciones, maduras desde mi estrecho observatorio, dejándole la decisión de publicarlas o menos.

PRIMERA CONSIDERACIÓN: EL MALESTAR

La primera consideración concierne al **malestar** que serpentea en nuestras filas ante nuestra "retirada" más o menos estratégica: se tiene la impresión de no estar a la altura de nuestros predecesores, de estar liquidando las iniciativas e instituciones que han incidido positivamente en la sociedad y en la Iglesia; de disipar, incluso, un patrimonio acumulado con sacrificios en décadas y décadas de trabajo.

No sólo. Estamos desconcertados por el hecho de estar implicando en el cese de nuestras actividades, también a los laicos que han coadyuvado en nuestra misión, a menudo dejando otro trabajo, teniendo confianza en nosotros. Y los laicos, que ahora quedan sin trabajo, tienen familia.

Todo esto nos amarga y nos humilla. Pero nos sentimos impotentes para encontrar soluciones.

Todo esto siembra desconfianza en nuestro género de vida, echa sombras sobre nuestro futuro. Y esto, ahora que estamos ante la conclusión del año dedicado a la vida consagrada, un año vivido tan distraídamente dentro y fuera de nuestras comunidades.

Lo sabemos: tenemos temor de ser insignificantes, por lo menos en Occidente. Y esto hace llorar a quien ama su vocación, su Instituto, las obras en las cuales y por las cuales ha gastado la vida. Es comprensible.

Quisiera, sin embargo, recordar una cosa obvia: todo está destinado a terminar y no sólo las personas, sino también las instituciones. Cuando pensamos en esto, generalmente nos comportamos ante nuestra familia religiosa como cuando decimos que "todo moriremos... quizás también yo...".

Lo importante es seguir viviendo hasta que se nos conceda, tanto singularmente como corporativamente, de modo de demos gloria al Señor en toda circunstancia, demostrando que "sea que vivamos, sea que muramos, somos del Señor". Es decir, lo más serenamente posible, sin "obstinación terapéutica", pero también sin desistir y, sobre todo, sin dejar la barca en dificultad.

En efecto, de cualquier modo que sea interpretada la situación, una cosa es segura: también este momento de dificultad, que involucra incluso a nuestras Iglesias, no escapa de la mano de Dios, que sabe qué bien sacará de todo esto.

Y por lo tanto, sin lamentarse ante la indiferencia ajena, sino con “el humilde orgullo” de haber llevado adelante nuestra misión de **avanzada de humanización** en nombre de la caridad cristiana.

Hemos dado un ejemplo de atención, a menudo profética, a las necesidades más urgentes de la persona humana y ahora otros entran en nuestro lugar, con medios más amplios que los nuestros y con un poco de nuestro espíritu, si por lo menos nos hemos preocupado de su formación.

Hemos desarrollado no tanto una “suplencia”, sino una verdadera educación de nuestra sociedad al reconocer y dar respuesta con creatividad y de forma concreta a las peticiones de ayuda,

Agradecemos, por lo tanto, haber tenido una historia que, a pesar de los límites evidentes, ha honrado el Evangelio, demostrando que es una Palabra de vida y de promoción humana. Una historia que hay que conducir hoy con modalidades por investigar.

Y aquí hace falta ir más allá: el seguimiento de Cristo incluye la comunión de vida y de misión con Él (Mc 3,14), pero, también, comunión en su destino de pasión y muerte.

Si con nuestras actividades florecientes a veces pudimos haber dado la idea de ser una especie de agencia social y caritativa, o cultural, hoy, con nuestra debilidad podemos ser más conscientes de ser en el mundo sacramento de la presencia de Cristo, que ha servido con la palabra y con los hechos, y también con su Pasión y Muerte. ¡Y Resurrección!

Tiempo de pasión de Cristo y nuestra, personal e institucional: pero también premisa de resurrección, como ha ocurrido después de cada prueba menguante en la historia de la vida consagrada, como ya ha ocurrido en la historia de la Iglesia. El Señor no abandona a su Iglesia, dejándole faltar la vida consagrada, don precioso para su misión.

No olvidamos que la vida consagrada es elemento constitutivo de la Iglesia y por lo tanto siempre existirá con la Iglesia y para la Iglesia, como sacramento viviente del Señor Jesús y señal de la infinita potencia del Espíritu Santo admirablemente operante en su Iglesia.

Esto no es enajenación mística, consuelo barato, sino una oportunidad para purificarnos de nuestras imprescindibles obras, en la medida en que hayamos puesto en ellas nuestra realización personal o institucional y nuestra seguridad.

¿Y si esta purificación nos ayudara a encontrar modalidades nuevas, y quizás más humildes, para vivir nuestro carisma?

SEGUNDA CONSIDERACIÓN: LA VIDA FRATERNA

La segunda consideración se refiere a la **vida fraterna**, que puede ser particularmente difícil y puesta en riesgo, ahora que es absolutamente necesaria sea para nuestro testimonio, como para el futuro de la familia religiosa.

Se sabe que las victorias tienen siempre muchos padres, mientras que las derrotas son siempre huérfanas. También nuestras derrotas son huérfanas, pero se busca igualmente al culpable, provocando disputas sobre las responsabilidades, las causas, exponiéndose al serio peligro de profundas divisiones que comprometen la fraternidad.

Ésta sería la verdadera victoria del adversario, que trabaja con todos los medios para romper la unión de los corazones y las mentes, para disgregar las fuerzas, sembrar desconfianza en la fuerza constructiva y testimonial de la caridad. Sabe que la demostración de la verdad del Evangelio viene precisamente del amor recíproco de los cristianos.

En efecto, sin la caridad no soy “nada”: aún si hubiésemos gastado todas nuestras energías en nuestras actividades, pero nos encontrásemos sin caridad, no seríamos nada (cfr. 1Cor 13).

Por consiguiente, no a la caza de culpables, sí a la búsqueda de soluciones nuevas, si existen. Siempre y en todo caso, sí a la búsqueda de la convivencia fraterna, aun en medio de las diferencias de todo tipo, las cuales siempre existirán, puesto que no nos hemos elegido porque éramos hermanos y hermanas, sino que hemos sido elegidos para convertirnos en hermanos y hermanas.

Tengo la impresión de que nuestro testimonio en el futuro se desplazará cada vez más de la cantidad de las obras a la calidad de la fraternidad, en el servicio a nuestros ancianos, en la aceptación de las diversidades culturales cada vez menos homogéneas, en las comunidades pluriculturales, en la pluralidad de los roles y de las misiones personales.

Probablemente las “nuevas comunidades” se reunirán cada vez menos alrededor de una obra por administrar, volviéndose cada vez más en lugares de apoyo fraterno para vivir el carisma en sus varias actualizaciones y realizaciones.

TERCERA CONSIDERACIÓN: LA AUDACIA DE LA VERDAD

Una tercera consideración es la **audacia de la verdad** de aquello que somos y de lo que decimos. Cito con vergüenza personal este texto, que se refiere a *lo que somos*: “Mientras que nuestras casas, nuestros conventos, nuestras parroquias sean solamente lugares comunes y normales, despertaremos solamente respuestas comunes y normales y nada ocurrirá. Mientras que los religiosos vayan bien vestidos, bien nutridos y bien cuidados, las palabras sobre el ser solidarios con los pobres serán piadosas palabras, aptas probablemente para suscitar sentimientos, no acciones creativas. Mientras que hagamos bien lo que los demás hacen mejor y de modo más eficiente, difícilmente podremos esperar ser considerados la sal de la tierra y la luz del mundo” (H. Nouwen).

En cuanto a *lo que decimos*, (digo también esto con vergüenza), me parece que somos demasiado tímidos para pronunciar, con cariñosa espontaneidad, el nombre de Jesús, como el “todo de nuestra vida”, nombre en el que solamente hay salvación. Y esto ante los que lo están olvidándolo, los que lo quieren borrar y ante la distracción de nuestros jóvenes.

Quisiera decir solamente esta palabra con mi boca, lo más frecuentemente posible. Pero siempre con la singularidad o diversidad de nuestra forma de vida que rememora más o menos veladamente la forma de vida elegida por el Hijo de Dios cuando ha querido compartir nuestra condición humana, tomando el nombre de Jesús.

No sé qué nos reserva el futuro, pero espero que en cualquier situación podamos afirmar con el apóstol Pablo: “Pero ya no me preocupo por mi vida, con tal de que pueda terminar mi carrera y llevar a cabo la misión que he recibido del Señor Jesús: anunciar la Buena Noticia de la gracia de Dios” (Hechos 20,24).

* * *

Estimado director, son cosas sabidas. Por eso me detengo, disculpándome de haber descubierto el agua caliente. Un motivo más para que usted haga de esto lo que crea.

P. Pier Giordano Cabra

PD: Como aficionado, me gustaría recordarles a los jugadores en campo que el partido ya está ganado. ¡Aun si el final del partido es duro, no abandonen el campo, para no perderse el tercer tiempo como vencedores!